

Por la autora de
EL CONTRATO

INÉDITO

EL PACTO

CATHERINE BYBEE



DEBOLSILLO

El pacto

Catherine Bybee

Traducción de
Laura Rins Calahorra

www.megustaleerebooks.com

Índice

El pacto
Agradecimientos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26

Epílogo

Biografía

Créditos

Acerca de Random House Mondadori

*Este es para mi madre,
que me contagió el gusto por
la lectura de novelas románticas.
¡Te quiero!*

AGRADECIMIENTOS

Como siempre a Sandra, mi compañera y crítica, a mi correctora Maureen y a Crystal, la impresionante diseñadora de mis cubiertas. Sin vosotras el trabajo se me haría mucho más cuesta arriba.

Un agradecimiento especial a Elaine McDonald por las preciosas fotografías que me proporcionó para la cubierta.

A mis seguidores y amigos de Facebook, Goodreads y Twitter. ¡Vosotros sí que valéis! Habéis estado siempre ahí, mostrándome vuestro apoyo y reconocimiento a través de la red y ayudándome a perseverar cada vez que me asaltaban las dudas.

1

Lo de casarse todos los años se estaba convirtiendo en un tostón, sobre todo para la dama de honor.

—No creía que lo de celebrar una boda al año fuera en serio, la verdad. —Eliza Havens jugueteaba con los bordes del vestido de dama de honor de seda amarilla, al que sobraban metros de tela por todas partes. El condenado modelito era para que lo luciera una belleza sureña de habla calmada, con su sombrilla y sus lazos blancos, no para que ella diera la cara por su mejor amiga... una vez más.

—Es romántico —opinó Gwen.

—Es estúpido.

Samantha y Blake llevaban casi dos años casados y ya habían tenido al pequeño Eddie. Al principio, cuando Blake anunció que iba a casarse con Sam todos los años el día de su aniversario, cada vez en un estado distinto, a Eliza le pareció muy tierno. Pero ahora estaba sudando la gota gorda en San Antonio junto con Gwen, la hermana de Blake, tras haberse pasado una semana entera sin hacer otra cosa que organizar la gran boda temática en Texas. Solo que Gwen era inglesa y tenía una idea muy equivocada de Texas. Donde debían verse sombreros de vaquero y atuendos al estilo del Lejano Oeste, todo recordaba al Sur. Al Sur más profundo. Aquello parecía más una escena de *Lo que el viento se llevó* que de *Dallas*.

—Tranquilízate, Eliza. No todos serán tan elegantes.

Eliza había tardado un poco en acostumbrarse al acento británico de Gwen, pero ahora ya la entendía bien.

—Estoy tranquila. Pero también estoy cabreada y por eso protesto. ¡Entiéndelo! ¿Tienes idea del calor que pasaremos con estos vestidos bajo un sol abrasador?

Gwen mostró sus dientes perfectos al sonreír. Dio una vuelta sobre sí misma, introdujo la mano dentro de una gran bolsa de la tienda de accesorios que habían descubierto el día anterior y sacó dos abanicos de encaje blanco y dorado.

—Ya he pensado en eso.

«Bueno, por lo menos no es una sombrilla.»

Gwen le entregó el abanico y se volvió de nuevo hacia la bolsa. Y de ella aparecieron dos sombrillas con volantes que casaban a la perfección con los abanicos.

—¡Uf, me había precipitado!

—¿Cómo dices?

Eliza omitió un gesto de exasperación al coger la sombrilla.

«¿Por qué tenía que ser amarilla? ¡Nadie vestía de amarillo!»

—No te gustan. —Gwen dejó caer los brazos y su expresión de entusiasmo se esfumó.

«Son horrosas.»

—Quedan... muy tradicionales. —Tradicionales, sí; al más puro estilo sureño. Pero Eliza no podía decirle eso a Gwen. La rica, consentida y completamente ingenua Gwen actuaba con buena intención. El resultado era horrible, pero hacía las cosas con el alma.

—Y ¿no es eso lo que perseguimos, el efecto tradicional?

Eliza abrió la sombrilla y se esforzó por sonreír.

—Sí, muy tradicional.

—Estupendo. Así, creo que ya tenemos todo lo necesario.

Ajena a la incomodidad de Eliza, Gwen siguió sacando bagatelas de la bolsa: pendientes y collares perfectamente a juego, e incluso cintas para el pelo. Eliza empezaba a pensar que cuando Gwen terminara con los complementos parecería un árbol de Navidad.

—¡Mira qué hora es! Tenemos que darnos prisa —exclamó Gwen.

—Creía que habíamos terminado.

—Hay que echar otro vistazo al rancho y asegurarle a Neil que no habrá problemas con la seguridad.

Neil, el guardaespaldas particular de Sam y Blake, era tan robusto como una pared de obra y no había quien lo moviera si decidía plantarse en el sitio. Sonreía tan pocas veces que Eliza no supo que tenía dientes hasta al cabo de seis meses de haberlo conocido.

—¿No puede comprobarlo por sí mismo?

Esperaba poder disfrutar de un cóctel en el bar del hotel y luego darse un baño caliente en la suite del ático. Quería aprovechar el viaje a Texas para captar a nuevos clientes de Alliance, tanto hombres como mujeres. Samantha había fundado la importante agencia matrimonial y le ofreció a Eliza que fuera su socia a partes iguales tras casarse con Blake. En los últimos dos años, Eliza había fichado a más de una docena de mujeres y había formado tres parejas. A diferencia de otras agencias matrimoniales, Alliance formaba parejas según sus objetivos en la vida, no por amor o para

que fueran felices por los siglos de los siglos. Existían hombres que deseaban casarse por una cuestión de estatus, o que necesitaban una pareja temporal para conseguir un trabajo o un ascenso. En el caso de Samantha, Blake y ella se habían casado por una cláusula del testamento del padre de él, pero resultó que se enamoraron perdidamente y tuvieron a Eddie antes del primer aniversario de su boda.

Eliza siempre estaba ojo avizor para captar nuevos clientes. Qué mejor lugar que Texas, donde había muchos hombres ricos y las mujeres eran muy refinadas, y a veces sin pareja.

—Ya sabes lo pesado que puede llegar a ponerse Neil. Tendré que convencerlo de que los paparazzi no conseguirán cruzar la verja.

Cada vez estaba más lejos de degustar su cóctel. Eliza metió la mano en el bolso y sacó una pinza con la que se recogió su larga melena. La humedad le había dejado el pelo totalmente chafado durante la excursión previa. No servía de nada hacerse ilusiones de que resistiría las siguientes horas de calor insoportable.

—De acuerdo, iremos. Pero conduzco yo.

Gwen estaba acostumbrada a tener a su disposición a un chófer del hotel que la llevaba a donde le pedía. Decía que no le gustaba conducir en Estados Unidos porque los coches circulaban por el lado contrario. Eliza no quería tener que depender de otro conductor para desplazarse, así que había optado por alquilar un coche.

Al cabo de media hora estaban circulando por una autopista de Texas en un utilitario de alquiler. El aire acondicio-

nado al máximo apenas suavizaba el calor sofocante. Eliza dio un golpe con el puño sobre el salpicadero.

—Me parece que el aire acondicionado no funciona.

Gwen guardaba silencio en su asiento mientras se servía del abanico que había comprado con motivo de la boda.

—No está lejos. Sobreviviremos.

Sí, pero el calor estaba haciendo mella en los nervios de Eliza, por no mencionar que tenía la blusa pegada al respaldo del asiento. Teniendo en cuenta que Gwen era europea, a Eliza la sorprendía que no pusiera el grito en el cielo.

De hecho, Gwen no había dejado de sonreír desde que salieron del hotel.

Mmm... Tendría que averiguar qué ocurría.

En la puerta de la finca había un puesto de seguridad. Cuando se acercaron y Eliza pronunció el nombre de las dos, el vigilante les indicó que pasaran.

—La señora Hawthorn las espera —dijo el vaquero levantándose el sombrero a modo de saludo.

—Me encanta el acento de Texas, ¿a ti no? —preguntó Gwen.

—Se pega con facilidad.

—Lo encuentro muy agradable. Todo el mundo parece muy educado.

Eliza enfiló el largo camino bordeado de árboles hasta la puerta de la casa ubicada en mitad del rancho.

—Los estadounidenses creen que todo el que tiene acento británico es inteligente, pero las dos sabemos que no es verdad. En cuanto te pases una noche por un antro de vaqueros descubrirás que no todos son educados. —Por

algún motivo Eliza se sentía obligada a cuidar de Gwen, tal como haría una experimentada hermana mayor.

—No soy tan ingenua como crees —protestó Gwen.

—Mmm... —«Ya, ya.»

—No lo soy.

Eliza levantó la mirada y vio la mueca de Gwen. La cara de porcelana maquillada a la perfección, además del acento, potenciaba su imagen de niñita inocente salida de un anuncio.

—Es cierto que estudié en un internado y he pasado la mayor parte de la vida enclaustrada en Albany, pero también he viajado sola.

—Déjame adivinarlo, ¿a que siempre has tenido cerca a un guardaespaldas del tamaño de Neil?

—Hans no es ni de lejos tan corpulento.

Eliza puso los ojos en blanco en señal de exasperación.

—¿Hans? ¿Se llama Hans?

—Es sueco y experto en artes marciales.

Eliza se habría echado a reír de no ser porque Gwen estaba muy seria.

—¿Y dónde está Hans ahora?

—En casa. He creído que aquí no me hacía falta. Sabía que me acompañarías tú, y que puedo contar con Samantha y Blake en cualquier momento. Además, tú no necesitas que nadie te lleve de la mano para sentirte segura.

«Eso es porque sé cuidarme solita.»

—Pero yo no soy tú.

—No, pero yo también soy capaz de no meterme en líos aunque no tenga cerca a un guardaespaldas.

Un exceso de confianza era la forma más segura de aca-

barse metiendo en un buen lío.

—Ya sabes que yo me marcharé al día siguiente de la boda.

—Sí.

Eliza aparcó el coche y mantuvo el motor en marcha para que el aire acondicionado las refrescara todo lo posible mientras hablaban.

—¿Cuándo volverás a Inglaterra?

—Aún no lo he decidido. Mi madre quiere que vuelva con ella, pero a mí me apetecería quedarme un poco más.

—Creo que es mejor que vuelvas con tu madre.

—No soy ninguna niña.

—Yo no he dicho eso.

—Pues yo creo que sí.

Gwen se había puesto a la defensiva. Eliza hizo un gesto para tranquilizarla.

—¿Cuántos años tienes? ¿Veinticinco?

Gwen se quedó boquiabierta.

—Treinta y uno.

Demasiados para andar por el mundo con un cuidador.

—Te diré lo que vamos a hacer. Esta noche nos pondremos unos pantalones vaqueros, conseguiremos un par de sombreros y saldremos en busca de uno de esos antros que hay por aquí. A lo mejor puedo darte algunos consejos para que consigas no meterte en líos.

No era el mejor sitio para encontrar nuevos clientes, pero confiar en que Gwen sabía defenderse era como dejar solo a un cachorrito ante una docena de pitbulls.

—¿Y si resulta que me apetecen los líos?

—Entonces es mejor que vayas acompañada para que no

sufras las consecuencias. Pero para eso necesitas a alguien como Hans.

—Vale, nada de líos. Me gustaría salir sola, divertirme y volver a casa sin tener que apartarme de encima a ningún moscón.

—Muy bien.

Gwen sonrió y empujó la puerta.

El calor sofocante absorbió al instante la energía de todos y cada uno de los poros del cuerpo de Eliza. Tal vez tomarse una cerveza en un local con aire acondicionado la ayudaría a quitarse el agobio de encima.

Se echó el bolso al hombro y rodeó el coche por la parte delantera.

—Hombre, Carter. Qué detalle por tu parte haber venido.

El saludo de Gwen atravesó el aire. Eliza se detuvo en seco. «¿Carter?»

Gwen se acercó a la escalinata de la casa y saludó a Carter al clásico estilo europeo, besándolo en ambas mejillas. Carter Billings, vestido con unos pantalones de sport y una camisa de algodón abotonada hasta el cuello, esbozó su natural sonrisa. Como siempre, dijo las palabras apropiadas en el momento apropiado.

—Estás encantadora. Nadie diría que hace un millón de grados ahí fuera.

A Eliza el corazón le dio un vuelco. Ahí estaba el verdadero motivo de su desasosiego. Carter Billings representaba todo lo que deseaba en un hombre, pero estaba totalmente fuera de su alcance. Algo en su interior se encendía cada vez que lo veía. Por desgracia, esa reacción siempre

terminaba con algún comentario insidioso o un rifirrafe de autodefensa. Carter se movía tan seguro como un gato en un callejón de Brooklyn, encandilaba a todo el que se cruzaba en su camino con una simple sonrisa y rezumaba sex appeal de la misma manera que el sirope gotea de una pila de tortitas.

Él se atusó el pelo rubio y captó la mirada de Eliza en el momento en que Gwen pasaba por su lado y entraba en la casa. Eliza observó la profunda inspiración que le agitaba el pecho antes de que bajara la escalera para saludarla.

—Hola, Eliza.

—Hola, Carter. ¿Qué estás haciendo aquí? —Dios, qué pedante sonaba eso. El calor le estaba friendo los sesos.

—Interpreto que no te alegras de verme.

—Yo no he dicho eso. Es solo que no te esperaba. —«¿Solo?» Se le estaban pegando las formas de Texas.

Él se cruzó de brazos con firmeza.

—Gwen le ha dicho a Neil que quería venir, y Blake me ha pedido que le informe sobre Gwen.

Eliza miró por encima del hombro de Carter y vio que no había nadie en la puerta.

—¿Por qué no se lo pide directamente a Neil?

—Neil no cotillea; él solo informa de los hechos. Y Blake estaría completamente frustrado con una respuesta del tipo «Está bien». —Carter imitó la voz grave de Neil y Eliza no pudo reprimir una sonrisa.

—Ella está bien.

¿Cómo era posible que una mujer despertara en esos hombres tal necesidad de mimarla?

—Eso ya lo juzgaré yo.